



L. LÓPEZ RUIZ / D. FERNÁNDEZ
VILLAVICIOSA / LUANCO / PRAVIA

Hay chabolas con electricidad y otras que se iluminan con velas; en algunas, sus habitantes se las han ingeniado para contar con agua corriente, y en otros casos el lugar del aseo diario son las cunetas de la carretera; también las hay que tienen el suelo con baldosas mientras en otras sus moradores viven sobre la tierra, casi siempre húmeda; y unos incluso disfrutan de un váter mientras otros deben hacerse al monte cuando así lo exige la naturaleza. Pero en todas las chabolas de todos los poblados el entorno es el mismo barrizal donde, medio sumergidos, hay juguetes rotos, restos de envases y bolsas de plástico con letras ilegibles. También hay humo, gente sentada en torno a las fogatas y niños pequeños que, a menudo, tienen asma.

Estos reductos de una realidad a menudo invisible son el objetivo del Principado. En tres años, y tras una inversión de seis millones de euros, se prevé haber acabado con las 120 chabolas que en Asturias son el hogar de 400 personas. Se pretende que los doce ayuntamientos donde aún pervive este fenómeno cedan terrenos para la construcción de viviendas prefabricadas que acojan a la población chabolista; se tratarán de evitar los guetos, y las nuevas casas estarán ubicadas en diferentes zonas de cada municipio.

Si la iniciativa tiene éxito -algo que dudan algunos dirigentes políticos, asistentes sociales e incluso buena parte de los chabolistas-, será el fin de una manera de sobrevivir anclada en el medioevo. Así es la vida de los últimos chabolistas

DIA D Y RAFAEL

Venta de las Ranas (Villaviciosa)

«Dicen que los gitanos robamos»

A las cuatro de la tarde Pilar Hernández enciende una vela para enseñar el interior de su chabola. Es un rectángulo de plástico negro con estructura de madera. Algunas paredes tienen planchas de aglomerado y el suelo es de tierra dura e irregular. En una esquina hasta donde apenas llega la luz amarilla está la cama destartada que comparte con su marido, Rafael Hernández. El colchón enrollado deja ver los hierros de un somier hundido. A un par de metros, la cuna de su hijo Santiago, de dos años, repleta de ropa arrugada. Hay un mueble con puertas cedidas y que cierran mal sobre el que reposa un televisor antiguo. Al lado, una batería de coche alimenta esa ventana a un mundo lejano. «No tenemos electricidad y usamos esto para ver la tele. Sólo nos dura una semana y nos cuesta tres euros recargarla», dice Pilar. Los olores son intensos y la carbonilla ensucia los dedos cuando se pasan por los listones de madera del techo. «Es por la estufa de leña; cuando la enciendes, todo se llena de humo».

Pilar y Rafael viven en el poblado de Venta de las Ranas, en Villaviciosa, junto con otras trece personas de las que siete son niños. Su hijo Santiago arrastra una bolsa de plástico fuera de la chabola y la vacía sobre el suelo embarrado. «Míralo, quiere enseñar sus juguetes», dice Pilar señalando varios coches y pequeños muñecos sin extremidades que se amontonan a sus pies.



VILLAVICIOSA. Fernando Hernández, en el poblado de Venta de las Ranas. / PAREDA

Tres familias gitanas cuentan cómo es su vida en las chabolas y sus problemas para integrarse: «Cuando buscas un piso o un trabajo, en cuanto te ven, ya no te quieren»

«Los payos nos tienen miedo»



LA PAXARADA. Rosario asea a Lázaro en uno de los poblados de Luanco. / SEVILLA

Familia y vecinos, que viene a ser lo mismo, pasan las horas sentados en el sofá desfondado y de color impreciso que hay fuera del habitáculo. «¿Qué hacemos por el día? Pintar el mono», dice Pilar. «Somos cesteros», matiza su marido. «Trabajamos con mimbre, pero ahora no hay. Para San Juan sí hay». Los hombres los hacen y las mujeres los venden. «En la Villa. Vamos, y quien quiere, compra», señala Pilar. «También pedimos».

En el grupo está Pepe, hermano de Rafael. «También vamos a los caracoles». Echa una carcajada, se inclina hacia atrás y grita «¡si no hay caracoles, jaaaaaa, se mueren los gitanos!» con una entonación fingidamente exagerada. Él trabajó una temporada en la construcción. «hasta este miércoles. Lo dejé porque me pagaban menos que a los otros trabajando como un hijo-puta».

Cuando se les pregunta por qué viven así, Pilar dice que «una vez fuimos a alquilar un piso a la Villa. En cuanto vieron que éramos gitanos nos dijeron que no. Nos tienen miedo». «Dicen que los gitanos roban», explica Pepe. Eso, pese a que dicen llevarse muy bien con sus vecinos payos. «Pero a la hora de la verdad no nos quieren», se lamenta Rafael.

Al lugar se acerca Fernando, el hermano mayor de Rafael y Pepe. Tiene cuarenta años y mal genio. «¿Cómo que dónde está el baño? Para lavarnos, en el regato de la cuneta. Y para cagar, al monte». El agua potable sale de un depósito que hace dos meses instaló el ayuntamiento. «Antes, nos lo daban los vecinos».

Josefa, la madre, pide calma, «un respeto a los viejos». Es una anciana vestida de negro, menuda y con arrugas profundas. «Tengo, por lo menos, 57 ó 58 años. La verdad es que ni lo sé. Ni sé en qué año estamos».

MACARENA Y FRANCISCO Poblado La Paxarada (Luanco)

«La humedad y los ratones nos comen»

En la penuria también hay clases, y ciertas chabolas disponen de mínimas comodidades. Pero tener agua corriente y electricidad son un bálsamo escaso. «La humedad y los ratones nos comen», se lamenta Macarena Giménez. «El otro día vinieron mi cuñado y su mujer a dormir y se tuvieron que ir al coche, del miedo que les entró; las ratas son como gatos, y se comen los cables». Vive en el poblado de La Paxarada, en Luanco, con su marido Francisco Giménez y cinco niños, Carlos, Brenda, Antonio, David y María del Mar, que van de los ocho a los catorce años. «Trés son nuestros, uno es de él y otro, recogido; su padre está en la cárcel y la madre en Avilés».

El poblado, donde viven 74 personas, está formado por chabolas, módulos de obra y caravanas y es uno de los mayores de la región. Ellos se hacían en un módulo dividido en dos estancias: en una se agolpan cuatro literas para los niños, y la otra está ocupada por una cama de matrimonio presidida por el retrato de Camarón y donde ropa y calzado se amontonan en estanterías. «El chaval, el mayor, tiene que dormir en la furgoneta» dice Francisco. Tiene el pelo mojado porque acaba de salir del baño, que él mismo construyó fuera del módulo: hay agua corriente, un lavabo, un váter y una bañera. «Y el suelo, todo cementado».



CONVIVENCIA. Francisco (izquierda) y Macarena (derecha), en su chabola con unos vecinos. / SEVILLA

También se las ingenió para añadir al módulo otra estancia, una especie de cocina y sala de estar con paredes de chapa y madera y techo de uralita que alberga un gran televisor, un DVD y donde el suelo embaldosado genera una sensación casi de normalidad.

Pero las señales para recordarles que viven en una chabola son constantes. «Cuando llueve, el agua baja montaña abajo y entra. En verano, el módulo 'suda', y con las heladas se forman goteras y toda la ropa se moja. Mucha hay que tirarla, porque la humedad la pudre», dice Macarena. «Los niños tienen que jugar en ese barrizal», continúa su marido, «y están todos con asma y con catarros cada dos por tres. A mi padre tengo que llevarlo cada poco a Luanco para que le pongan la mascarilla».

Se dedican «a la chatarra y al laurel», aunque Macarena trabajó limpiando un super mercado, en casas particulares y en las playas, primero contra el galipote y luego durante la temporada de verano. Francisco también estuvo un tiempo trabajando en el Ayuntamiento. Pero fueron raras excepciones, dice Macarena. «Muchas veces veo carteles en los que buscan una chica para limpiar. Yo llamo, me dicen que vaya, me visto y salgo. Pero cuando llego al lugar y me ven, dicen que ya han dado el trabajo. Tampoco nos quieren cuando buscamos piso de alquiler».

Dicen que quieren salir del poblado, «vivir normal, como los payos, y no como animales». Eso sí, Francisco reconoce las dificultades para que esto ocurra: «Vivimos distinto al payo porque trabajamos la chatarra, y en algún sitio hay que amontonarla. El laurel, lo mismo».

FEDERICO GIMÉNEZ
Prahúa (Pravia)

«Nadie me alquila una casa»

Las paredes de la casa de Federic no son de madera, sino de ladrillo



MITO. Camarón preside la cama de Francisco y Macarena. / SEVILLA

«Tengo, por lo menos, 57 ó 58 años; la verdad es que no lo sé»

«En esta cama dormimos todos: yo, mi esposa y mis tres hijos»

resquebrajado y de cal. Sin embargo, no es ningún lujo. Él pertenece a ese amplio abanico de familias que residen en casas, por decirlo de alguna de manera, calificadas como infravivienda. En apenas quince metros cuadrados, Federico vive con su mujer y sus tres hijos —la pequeña de tres meses— en el barrio de Prahúa, en Pravia. «En este sitio tan pequeño cocinamos, nos aseamos y dormimos los cinco», relata Federico. «Queremos vivir como una familia normal, en una casa de dos habitaciones con un baño, pero el problema es que no hay viviendas. Bueno, sí que las hay pero es que nadie nos las quiere alquilar», dice indignado, pero a la vez, resignado.

El último mes ha sido muy duro para su familia. Con un bebé recién

nacido, tuvieron que hacer frente a la ola de frío y al temporal de granizo y lluvia. El tejado —unas tejas que más bien parecen coladores tapadas con un plástico— no resistió el envite del temporal. «Por aquí —señala a una esquina de su reducida casa— caía mucha agua. Parecía un río».

En la vivienda todo está distribuido para que ocupe el menor espacio posible. Un mueble en el que guardan sus ropas, una pequeña —casi de juguete— cocina y un mueble-cama, en el que «dormimos mi esposa y mis tres niños», es todo su ajuar. Pero también cuenta con unos inquilinos: dos periquitos, cuyas jaulas parecen palacios en comparación con la casa. Para lavarse, Federico y su familia tienen que recurrir a bañeros de agua calentada al fuego.

Federico es tan sólo un ejemplo de las 17 familias que viven en infraviviendas en el concejo pravianco. El programa de erradicación de chabolas les hace afrontar el futuro con un optimismo muy moderado: «Ya nos prometieron muchas cosas otras veces, pero seguimos igual.... ¿En qué hemos mejorado?», dice Henita Barrull, que vive en una chabola en Peñallán, donde también residen tres familias en sus mismas condiciones. «Una casa decente, es lo único que queremos». Ese es su sueño.



FAMILIA. Pilar atiende a Santiago, su hijo de dos años. / PAÑEDA



PRAVIA. Federico, junto a su mujer y su niña de tres meses. / E.C.

El difícil camino a la integración

1. L. R. GUJÓN

«Está claro que, lo que no se puede hacer, es quitar a una familia del poblado y ponerla a vivir en el 3º B». Guzmán García es el responsable de intervención social del Secretariado General Gitano en Gozón, el municipio asturiano con mayor número de gitanos, y es bien consciente de las dificultades que entraña la integración de familias gitanas que viven en poblados chabolistas. «Hay que avanzar de manera paralela en la normalización en el empleo, la salud, la higiene... Está cla-

ro que sin un empleo nadie puede salir de la chabola, pero también que estando en la chabola y sin las medidas higiénicas mínimas tampoco nadie va a conseguir un trabajo».

Por eso Eva Sánchez, la concejala de Asuntos Sociales de Siero, el segundo municipio con más chabolas, incide en la necesidad de «un plan integral y un trabajo individualizado con cada familia». Según las conclusiones, «unos se podrán integrar en pisos sociales, mientras que otros deberán pasar por viviendas de sustitución (prefabricadas) como paso intermedio a su realojo en pisos», donde pagarán una renta en función de sus ingresos mensuales.